

vido en Montilla doctos, y virtuosos Sacerdotes, y algunos sujetos han salido insignes en letras, y fantidad.

Yá dexamos escrito, como en Cordova el Obispo Don Christoval de Roxas, à instancia del Venerable Maestro Avila, ordenò alli un Colegio de Clerigos virtuosos, para que de alli saliesen à predicar por todo aquel Obispado.

En esta misma Ciudad, de su consejo, se fundò el Seminario de San Pelayo, donde se reciben manebos virtuosos, pobres de todo aquel Obispado: sustentanlos siete años, hasta que acaben sus estudios en las clases de la Compañia de Jesus, donde se leen Artes, y Theologia. Los dias de Fiesta del año asisten con sobrepellices à los Divinos Oficios en el Coro de la Cathedral. Criase esta juventud en virtud, y letras; salen excelentes Curas de almas, y Ministros del Culto Divino.

Lo mismo passò en Granada, donde à instancia del santo Maestro Avila se hizo un Colegio de Clerigos recogidos, para servicio del Arzobispado, y otro de niños, para enseñarles la Doctrina Christiana.

En algunas partes, como en Cordova, hizo se leyessen Artes, y Theologia, y èl proveyò de Lectores de los discipulos que tenia; y durò esto hasta que los Padres de la Compañia de Jesus funda-

daron alli un Colegio, los quales succedieron en este oficio.

Finalmente, quantos Colegios se fundaron en su tiempo en toda el Andalucia, assi de la Compañia de Jesus, como otros, en todo tuvo parte la diligencia, el cuidado, el consejo, y el zelo de este Apostolico Varon, que tuvo por solido fundamento, para el aprovechamiento espiritual de los Fieles, y aumento de la disciplina Christiana, estos minerales ricos, que con aguas de saludable doctrina, y buen exemplo riegan los planteles de la Iglesia.



CAPITULO XXII.

SU PREDICACION, Y ASISTENCIA
en Montilla.

Montilla, antes noble Villa, y yá Ciudad, en el Marquesado de Priego, es estancia de sus Marqueses, dichosa por las muchas veces que gozò de la doctrina del Venerable Maestro Avila, y haver sido su morada los ultimos años de su vida, y poseer oy el tesoro de su cuerpo.

Predicò à los principios una Quaresima con gran fervor, y aprovechamiento de las almas; hicie-

cieronse mas de quinientas confesiones generales, no por via de Jubileo, sino por la impresion que havian hecho las palabras de este siervo de Dios en los corazones de las gentes.

La comunicacion, y buena correspondencia con los Señores de esta nobilissima Casa, comenzò muy de los principios de su predicacion, y continuòse con una amistad muy agradable, no sin gran bien de los Marqueses, y embidia (si asi puede llamarse) de otros Señores del Andalucia, viendo que los Marqueses de Priego tuviesen en esta Villa tal prenda, y juntamente, porque fueron grandes las medras, que se siguieron de esta asisistencia. Fue rara la Christiandad, la Religion, la bondad de estos Señores; y de verdad pudo llamarse feliz aquel Estado, por haver residido en el tan de asiento el Venerable Maestro Avila, como tocáremos en otras partes. Las veces que vino à Montilla, antes de vivir de asiento, fueron muchas en todo el discurso de su vida.

Sus enfermedades, y lo mas cierto, el acudir à la direccion, y magisterio de la Condesa de Feria le avecindaron, como hemos dicho, en Montilla, dispusieronle los Marqueses una casa moderada cerca de la suya, no lexos del Convento de Santa Clara.

Su modo de vida, y de distribuir el tiempo
era

era este: Levantabase à las tres de la mañana (dando lugar la salud) el primer pensamiento, que ocupaba su corazon, era el haver de recibir aquel gran Huesped, que es adorado de Angeles, Rey luyo, y hermano nuestro: rezaba con este pensamiento sus Horas. Comenzaba luego su oracion, duraba dos horas largas (como despues diremos) esto quando predicaba, y andaba cercado de negocios; mas por el tiempo que vivió en Montilla, quando le molestaron sus enfermedades, y no predicaba tanto, fue mucho mas dilatada, porque el tiempo del estudio le añadia à la oracion. Gran parte de la oracion de la mañana daba à las consideraciones, que le dispusiesen para decir bien Missa. (algunos pondremos en el tercero Libro, en capitulo particular, que trata de esto) Decia Missa tan larga, y tan devota, como verémos en su lugar. Daba gracias una hora por lo menos: despues rezaba parte de las horas que faltaban, siempre con gran devocion, y pausa: leia alguna cosa devota, de manera, que toda la mañana la llevaba Dios enteramente, hasta las dos de la tarde, sin que en todo este tiempo atendiese à otra cosa, ni admitiesse negocio, por importante que fuese. Rezaba las Visperas, y Completas à su hora, con un poco de oracion, acordandose de aquel Señor, que aquel dia havia sido su Huesped: desde las dos à las seis daba

daba audiencia à los que venian à hablarle; era siempre en negocios de importancia, y materias Espirituales: del concurso que havia, y consuelo de los que le trataban, hay discursos particulares adelante. Respondia algunas tardes à cartas: salia, caida la tarde, (esta era su recreacion) à visitar, y consolar enfermos, y otras personas ahigidas, que le havian menester para consuelo de sus almas: no olvidaba à los presos de la carcel, que en el tuvieron padre: acudiòlos con su persona, y por sus discipulos amorosa, y cuidadosamente; los ultimos años, por la falta de la vista, llelaban de la mano. Desde las seis de la tarde, hasta las diez de la noche, se tornaba à recoger, bolvia à la oracion dos horas por lo menos, en tiempos de ocupaciones: estudiaba despues, quando aquellas cesaron, y el estudio, que obligaba à predicar, casi la noche toda daba à la oracion, en que gastò casi el ultimo tercio de su vida. Allí el pensar en la muerte, en el juicio de Dios, haciendo cuenta que estaba delante de él, y el cuerpo echado en la sepultura: entraba el examen riguroso de sus obras, consideraba sus defectos, y raizes de las pasiones, para que fuese fundado el edificio; consideraba los beneficios Divinos, la cuenta que havia de dár de sus talentos: eran sus vigilijs continuas, y largas, llenas de dolores, y gemidos, por los

pecados del mundo: los Jueves, y Viernes en la noche, havia particulares exercicios, que en su lugar verèmos: la intencion, fervor, y modo de obrar en todas estas cosas eran de un Varon perfectissimo: es materia de diferentes capitulos. Esta es la vida de un verdadero, y perfecto Sacerdote, que trata de cumplir su vocacion exactamente, y lo que pide su estado. Esta distribucion de tiempo se colige de lo que escribe el Padre Fr. Luis de Granada en la segunda parte de la vida, tratando de la oracion, y de una carta que escribió el Venerable Maestro à un Sacerdote. Comienza: Pues que por la gracia de Jesu-Christo, en que le ordena como ha de distribuir el tiempo, sacada de sus exercicios, y modo de vivir; es cierto no havia de aconsejar Varon tan Santo lo que él no hacia; antes se acomodò con las fuerzas del sugeto à quien aconsejaba, desiguales à la robustez de su virtud. Estas eran las ocupaciones ordinarias.

Predicaba muchas veces: oyole siempre aquel Pueblo, en especial los ultimos años, con notable afecto, y copiosos auditorios. El dia que predicaba no se oia otra cosa en la Villa, sino el Maestro Avila predica. No le faltò hombre de importancia, y siempre con mucho gusto. Predicò un dia en el Convento de Santa Clara, y por no caber la gente en la Iglesia, se quedó en el patio

mucha parte, entre ellos un Gentilhombre del Marqués, que fue por la tarde à visitar al Venerable Maestro, y le dixo: Dos horas y media predicò V. Reverencia oy, y me pesò quando se acabò el Sermón, porque me parecia, que entonces comenzaba: tal modo, y gracia de decir tenia, que con sus palabras, aunque fuesen de reprehension, iban embueltas en amor, caridad, y zelo de el aprovechamiento de las almas, y así le oian con notable afecto.

El fruto que hizo en Montilla con tan larga asistencia, no es posible escribirse. Los Ecclesiasticos en particular, mejoraron sus vidas. Huvo Clerigos en este tiempo exemplarísimos, en lo restante de el Pueblo gran reformation de costumbres. De lo mucho que obrò en Montilla, es materia gran parte del tercero libro, que trata de sus virtudes; porque como estuvo tan de asiento en esta Villa, y los ultimos años de su vida, en que se acrisolan las virtudes de los Santos, fue raro el exemplo que diò de todas. Pasemos à su mayor

hazaña,

CAPITULO XXIII.

SUMARIO DE LA VIDA DE DOÑA Ana Ponce de Leon, Condesa de Feria, y la mucha parte, que el Venerable Maestro tuvo en sus virtudes.

LA obra que mediante la Divina gracia, mas descubrió la grandeza del espíritu del santo Maestro Avila, el primor, y acierto de su Magisterio, fue la virtud, y santidad de Doña Ana Ponce de Leon, Condesa de Feria, hija primogenita de la enseñanza, y direccion de este Venerable Varon. Pudo decir con Seneca, à su Lucilo, cuya virtud atribuía el Filosofo à sus cartas: *Affero te mihi, meo opus es.* Atribuyome tu virtud, obra eres mia. En esta proporcion es cosa cierta, que el ser espiritual de esta santa señora, se debe en muy gran parte à la doctrina, y documentos de este gran siervo de Dios, porque desde sus primeros años, hasta que nuestro Señor la levantó à tan heroyco grado de virtudes, la encaminaron siempre los documentos, y avisos de este excelente Maestro.

Fue Doña Ana Ponce de Leon hija primoge-

nita de Don Rodrigo Ponce de Leon, Duque de Arcos, y Doña Maria Girón, hija del Conde de Ureña, Nobleza de las mayores de España, excedióla la de su rara virtud. Huerfana à los tres años de su edad, se encargò de su crianza la Duquesa Doña Mencía su tia, muger de Don Pedro Girón, Conde de Ureña, exemplo del valor, y piedad christiana.

Las virtudes de la primera edad de la Condesa eran unos presagios de lo que en la mayor se aumentarían: llamabanla por su mansedumbre, la Cordera. Comenzò à ser misericordiosa, antes que pudiera saber què era misericordia. Sus ventanas eran las Tribunas, sus vistas el Santísimo Sacramento, à quien desde su niñez fue por estremo devota. Era en hermosura, y gentileza un Angel; mas acompañada de tan rara honestidad, que componia à quantos la miraban. El cuerpecito inocente preservaba de pecados con la penitencia, con que recibió de Dios en este tiempo tiernos, y dulces favores.

Quisiera de buena gana conservar el estado virginal; mas sus deudos la obligaron à admitir el matrimonio. Casò con Don Pedro, Fernandez de Cordova y Figueroa, hijo de Don Lorenzo Suarez de Figueroa, Conde de Feria, y Doña Cathalina Fernandez de Cordova, Marquesa de Priego, se-

ñor

ñor de excelentes virtudes, digno solo de tan rica prenda. De Osluna la traxeron à Montilla el año de quinientos y quarenta y cinco, con alegría, y estima universal de sus vassallos, que aumentaron, conociendo sus virtudes. Estando un dia en el pafadizo, que de la casa de los Marqueses và al Convento de Santa Clara, la pidió un pobre limosna, quitòse de la mano la sortija de su desposorio, y arrojòsela: admiròse animo tan generoso. Fue este hecho, como prenda de lo mucho, que diò despues à los pobres: quebrantaba los collares de oro, hacia piezas las gargantillas, y joyas, para venderlas, sin que fuesen conocidas, para el sustento de los miserables: pudo decirse de esta gran señora lo que de Santa Marcela, nobilissima Romana, refiere el gran Padre de la Iglesia San Geronymo. Repudjo el oro hasta el anillo del sello, guardandolo en los vientres de los necesitados, antes que en los talegos, y los cofres.

En el capitulo de la predicacion de Zafrá dexamos escrito, como estos Principes llevaron à esta Villa al Venerable Maestro Avila año de mil y quinientos y quarenta y seis, y como confesaron con el generalmente. Recibiólo desde este tiempo la Condesa por Maestro, veneròle por Santo, reconociò sus heroycas virtudes, y que por sus oraciones, y avisos le havia de hacer nuestro Se-

ñor

ñor muchas mercedes, y ya por este tiempo las recibia muy grandes, y sobrenaturales, y admirables sentimientos; mas con grande humildad, y reconocimiento de su flaqueza, no dando à cosa ninguna credito, sin haverla comunicado, y tenido aprobacion del Venerable Maestro Avila, à quien nuestro Señor havia dado gran luz, y gracia para discernir espiritus, y encaminar almas à la vida espiritual.

Escriviò los sentimientos, y favores que nuestro Señor la hizo por este tiempo, hallàrse en el libro, que de su vida escriviò el Padre Martin de Roa, de la Compañia de Jesus. Remitiòlos à su Confessor el Venerable Maestro Avila: viòlos, y al pie puso estas palabras: „ Heme consolado con „ este quadernico, y toda la doctrina de èl es ver- „ dadera, y toda merced de nuestro Señor, y debe „ ser muy agradecida, leida, y obrada. Aconsejó- „ la el santo Maestro, que quando entrasse à rezar en su Oratorio, hincasse las rodillas, y pidiesse à Dios limosna con el corazon, hizolo así, y libròla su Magestad de una tentacion, que le afligia contra la Fè.

Haviendo tenido, entre otros que alli cuenta, un gran sentimiento del Mysterio de la Encarnacion, en que se le representò vivamente el Amor, la Bondad, la Sabiduria, y Largueza de Dios, y

deseo de la salvacion de los hombres, dandonos à su Hijo por Redemptor, y sus amorosísimas, y dulcíssimas entrañas para con nosotros. Espantada preguntò al Venerable Maestro Avila, como es posible irse hombre al Infierno, teniendo Dios tanta misericordia: Respondiò el Venerable Maestro: „ Que porque eran los hombres malos, y pe- „ caban, y no se querian arrepentir, ni tomar el „ remedio, que Dios les havia dado en los Sacra- „ mentos. Mas adelante dice estas palabras:

„ Mostròme nuestro Señor, que tuviesse mas „ recogimiento, y embiòme al Maestro Avila, que „ me lo enseñasse, y mostrasse de la manera que „ havia de andar el anima encerrada en su corazon, „ y morir à todos los amores del mundo. Y en otro papel dice:

„ Mostròme, que à los grandes, y fuertes sal- „ va Dios por otros caminos de mas trabajos, y „ con los chicos se comunica, porque esto es „ su condicion, tratar con los pequeños, y para „ esto se hizo hombre, y mostròme, que uno de „ estos era el Venerable Maestro Avila, puesto de „ rodillas ante èl, con gran reverencia, pidiendo- „ le para sí muchos trabajos.

Despues de grandes favores, por una fatilla bien ligera, que calificada por nuestro docto Maestro Avila no llegó à mas que à pecado venial, se

le ausentò el Señor, escondió su dulcísimo semblante por un año, pasó una gran tempestad, y sequedad interior, no sintiendo en los ejercicios santos la dulzura, y visitación antigua; mas aun en la mayor ausencia acudió con mayor fervor à sus ejercicios, oraciones, y penitencia, recibiendo à tercero, y quarto dia el Santísimo Sacramento, hasta que bolvió la misma serenidad.

Comenzò nuestro Señor à labrar à la Condesa con trabajos, que son las mejoras de los hijos mas queridos: llevòle la mejor prenda de su casa, quitandole al primogenito, que le havia dado, heredero de su nombre, y de su Estado: en esta ocasion la escribió una carta el santo Maestro Avila, que guardò toda su vida para su consuelo, dixole así: „ Si nuestro Señor hiciere Rey en el „ Cielo al que de sus entrañas salió, dèle gracias, „ y embiele con él muy cordiales encomiendas, y „ tengale allá en prendas, que ella no darà su amor „ à otro, sino al Señor, y mire bien, que merced „ hace el Señor à esta criatura, que al primer abrir „ de ojos se halle viendo à Dios, y gozandole para „ siempre.

Poco después enfermò el Conde por tres años continuos, con accidentes penosísimos, sirviòle la Condesa con gran puntualidad dias, y noches, sin desnudarse en tan largo tiempo, mostrando
las

las finezas del verdadero amor que debe tener una casada, sin reparar en los antojos de un señor enfermo, en los afcos, las quejas, y desamplos: cuidaba mucho de la salvacion del Conde, y para este fin hizo venir à Priego, donde à la sazón se hallaban, al Venerable Maestro Avila, unico consuelo suyo, y luz de todo su Estado.

Iba disponiendo nuestro Señor à la Condesa para la muerte del Conde su marido, con grandes sentimientos del valor de los trabajos, y padecer por Dios. Pidiòle nuestro Señor, que le ofreciese al Conde, à quien tenia un excesivo amor: hizo lo, y fue tanto el dolor que sintió en darlo, que (como ella dixo al Venerable Maestro Avila) le pareció, que se le havia arrancado el corazon, y sacadosele por la boca: no quiere Dios à los suyos insensibles; sujetos sí, y resignados, y conformes.

La enfermedad del Conde fue agravandose, y lo penoso de los accidentes daba nuevas ciertas de su breve vida. Acofabanle unos vomitos, con una flaqueza del estomago notable. Diò orden la Condesa le traxessen el Viatico, y teniendole en el Oratorio de frente de la cama, le dixo: Señor, si supiesedes lo que os tengo? Allí está el Santísimo Sacramento à haceros compañía en este camino. Despidióse la Condesa, llegó en esto el Ve-

nerable Maestro Avila, y dixo al Conde: Comulgar quiero à V. S. Respondiòle: Si como su Magestad ha dado quietud à mi alma, se sirviessè de dar fonsiego à mi estomago, y detener mis vomitos, solo este consuelo me falta para esta jòrnada. No tema V. S. (replicò el santo Maestro) que quien de buena gana perdona sus ofensas, tambien suspenderà el castigo de ellas, que son las enfermedades. Yo comulgarè à V. S. y me quedarè aqui à acompañarle. Comulgòle, quedò con muy grande fonsiego, quieròsele el estomago por las oraciones del Venerable Maestro Avila: reconociòlo el Conde de manera, que al punto con un criado embiò à decir à la Condesa: Decidle, que el Maestro Avila me ha curado el alma, y el cuerpo.

El dia siguiente fue el ultimo de la vida del enfermo, acompañòle hasta el postrer trance el buen amigo, y Maestro, asistiendole en aquella hora, de donde pende la eternidad de gloria, ò pena. El llanto de los criados, al espirar del Conde, dieron nueva à la Condesa de la muerte: levantòse de donde estaba retirada, y à largo passo fue à entrar adonde estaba el cuerpo; mas atajòla en el camino el Venerable Maestro Avila, à quien preguntò ella: Còmo queda el Conde: llevaba en la mano el Crucifixo con que le ayudò à morir, y alargandose, le dixo: Este es el Conde de V. S. que

que yà no tiene otro. Reportòse, y con un rendimiento grande à la voluntad Divina, recibìo el Christo, que le daba el Maestro en lugar del Conde, y abrazada con èl se recogìo à su Tribuna, donde en los brazos de su nuevo Esposo templaba el dolor de la ausencia del primero.

CAPITULO XXIV.

*PROSIGUE LA MATERIA
del capitulo pasado.*

FUE el dolor de la Condesa en esta pèrdida tan grande (que hablando de ella el muy Reverendo Padre Fray Luis de Granada, que se hallò à la sazón en Priego) afirma fue la mayor que viò en su vida. Mereciò el Conde qualquier demostracion de sentimiento, fue señor de raro valor, entendimiento, y virtud: governòle el santo Maestro Avila, como su Confessor, algunos años: estimò el Conde con notable veneracion, y respeto à su Maestro.

Templaba este acerbissimo dolor la Condesa con la presençia de Christo nuestro Señor crucificado, sin exceder los limites, que pide una cordura christiana. Acabadas las Exequias del Conde,

país de Priego à Montilla, Villa principal del Estado; y por no estar sin cabeza à quien obedecer en una edad tan florida, como de veinte y quatro años, con parecer del santo Maestro Avila (que nunca fue de opinion, que Confesores aceptassen obediencias de mugeres) dió la obediencia à la Marquesa su suegra, en quien resplandeció un alarde de las virtudes christianas, una de las mas queridas, y aprovechadas hijas del Venerable Maestro Avila, y que mas gozó de su doctrina, y consejos, por su asistencia en Montilla en tantos años.

Los cuidados de la Condesa en este tiempo, eran, como desembarazada del antiguo estado, entregarle mas libremente à Christo, ser santa en el cuerpo, y en el alma, guardando eternamente el grado de continencia, que tuvo los ultimos tres años de casada. Trataba con el Venerable Maestro Avila encerrarse en algun Monasterio, aunque sin obligacion, y titulo de Monja; estado desigual à sus fuerzas, quebrantadas con enfermedades suyas, y del Conde. Recogiafe algunos dias en el Convento de Santa Clara, de la Orden de San Francisco, donde se entregaba à la oracion largas horas, consolaba su soledad nuestro Señor con amorosas visitas. Pensaba un dia como le havia llevado Dios las prendas que mas queria; vino-

fele

fele à la memoria el hijo primogenito, como primero amor. Estando en este pensamiento aparecióse el niño, y con grande alegria, y orgullo le dixo: Madre, vengo muy de prisa à verla, porque me quiero bolver luego al Cielo. Desaparecióse al punto, quedò por una parte alegre de ver à su hijo glorioso, triste por otra de haver sido tan breve la visita. Sacrificò à Dios su contento, ofreciòle de nuevo al hijo, que ya le tenia dado: padre nuestro Señor este servicio, porque estando el dia del Corpus en su Tribuna en Santa Clara, entrò la Proccesion del Santissimo Sacramento, de quien fue por estremo devota, y poniendo los ojos en la Hostia Sagrada, y la Fe en Christo, que venia en ella, oyò que de alli le decia: Con mi Cuerpo, y Sangre te he sustentado la vida del alma, y con ellos te he mantenido: abre me tu corazon, que quiero entrarme à descansar en él. Dixo al Venerable Maestro Avila, que le pareció que venia Christo àzia su alma: *Saliens in montibus, & transiens colles*. Y sintióse llena de particular dulzura, y mas estrechamente unida por amor, y soberana contemplacion con el mismo Señor. Diò cuenta, como solia, al Venerable Maestro Avila, y preguntòle, que queria significar nuestro Señor en aquella manera de venir à su alma? Respondiòle el Venerable Maestro, que era como

fal-

salvar sus culpas, y disimular sus imperfecciones, para llegar à unirse con su alma. Preguntòle como abriria su corazon à Dios, para que en el descansasse: y ordenòle por particulares razones, que en ella concurrían, sin nota de otras, que comulgasse cada dia, que hasta entonces no havia dado esta licencia, si bien tan santa casada: hizolo así hasta lo ultimo de su vida.

Las grandes virtudes de la Condesa la fueron disponiendo para mayores favores de Dios, el mayor fue escogerla por esposa suya, trayendola à la Religion Seráfica, con una vocacion maravillosa. Haviase recogido al Convento de Santa Clara de Montilla, para darle mas à Dios algunos dias, donde la llamó nuestro Señor à la alteza del estado Religioso: el modo, y lo que pasó en esto lo escribió el Venerable Maestro Avila su Confessor, para pedirle consejo, si havia de executar determinacion tan ardua. Sus palabras son estas:

„Estando yo un dia en mi aposento pasó por
„delante de mi nuestro Señor Jesu-Christo, vestido
„de una ropa morada, y una Cruz grande en el
„ombro; y buelto el rostro à mí me dixo: Que no
„has querido ayudarme à llevar esta Cruz? No
„respondi nada; mas dióme pena, que no me
„contasse nuestro Señor por Cruz los trabajos que
„havia padecido desde niña, ni la enfermedad del

„Con-

„Conde, ni la viudéz presente, y quedè deseosa de
„entender, que quisiesse hacer el Señor de mí.
„El Sabado siguiente, estando oyendo à una
„Monja, que cantaba el Plalmo: *In exitu Israel de*
„*Egypto*, puseme en oracion, y entrando en el
„recogimiento de mi alma, preguntè à nuestro
„Señor, que era su Cruz? Y dixome: Quieres mi
„Cruz? Respondi: Si Señor. Dixome otra vez,
„mas alto: Quieres mi Cruz? Respondi: Si Señor,
„con vuestro espiritu, y vuestra gracia, y con el
„amor que Vos la llevasteis por honra de vuestro
„Padre, y el bien de los hombres. Mostròme la
„Cruz, y abrazandome con ella, comencè à glo-
„riarme en ella, y dixè: Quien me despreciará, y
„ternà en poco, viendome tan honrada con la
„Cruz de mi Señor Jesu-Christo. Mirè àzia arriba
„à ver la Cruz, y yà no tenia figura de Cruz, sino
„de palma, con su copa muy linda. De aì à poco
„comencè à pensar, que seria una Cruz tan gran-
„de en cosa tan pequeña? Y acordème, que po-
„cos dias ha predicò aquí el Venerable Maestro
„Avila, y dixo, que el Habito de las Monjas era
„Cruz, y clavos los votos; mas consideraba, que yo
„no era para Monja, por la falta de salud, aunque
„holgara mucho vivir con ellas.

„Estando así en el recogimiento de mi ora-
„cion, llegaronse cerca de mí los gloriosos San-

„TOS

„ tos San Francisco, y Santa Clara, dixeronme, que
 „ les pidieffe el Habito de su Religion; mas escu-
 „ sabame diciendo, que no tenia fuerzas para los
 „ trabajos de ella; pero que hiciesse Dios de mi lo
 „ que fuesse servido. Tornaron segunda vez à alen-
 „ tarme, representandome su Sagrada Religion en
 „ un navio, en que iba mucha gente al Cielo. Du-
 „ daba todavia mucho darles el sí, por el temor à
 „ los trabajos de la Religion; y dixome nuestro Se-
 „ ñor, que arrimada à el podia llevarlos. Y ofre-
 „ cieronme los Bienaventurados San Francisco, y
 „ Santa Clara, que el uno me alcanzaria de nuel-
 „ tro Señor la virtud de la humildad (por lo qual
 „ dixe yo, que daria quanto hay) y la otra la vir-
 „ tud de la Religion. Rindiófeme con estas pro-
 „ messas el corazon, y dixe: Sea lo que Dios qui-
 „ siere. Estuve en esta oracion desde que comen-
 „ zaron la Salve, hasta las once de la noche, unas
 „ veces en pie, y otras de rodillas, otras postrada
 „ en tierra; y quando sali hallè à la puerta del Co-
 „ ro à Sor Juana, y no supe si havia oido algo de
 „ lo que havia pasado: escrivì todas estas cosas al
 „ Venerable Maestro Avila, para que me dixesse
 „ lo que havia de hacer, ò crecer en ellas.

„ Domingo siguiente por la Mañana fui al
 „ Torno, y nunca hallè criado del Monasterio, que
 „ llevasse el papel al Maestro Avila, y dixi llamaf-
 „ sen

„ sen un paje de Palacio, que lo llevasse, y nunca
 „ vino, ni hubo remedio que el papel se llevasse.
 „ Estando yo con este cuidado, dixome nuestro Se-
 „ ñor, que sin dàr mas parte al Maestro Avila, to-
 „ maffe alli el Habito de Monja, porque asì con-
 „ venia. Fue bien menester, que nuestro Señor se
 „ lo mandasse tan expressamente, porque en todas
 „ ocasiones en nada se determinaba, sin el parecer,
 „ y consejo del santo Maestro Avila su Confesor; y
 „ quando de su oracion resultaba algun impulso, ò
 „ ilustracion, que la moviesse à hacer algo, decia:
 „ Mi Padre me dirà en esto lo que tengo de hacer:
 „ tanto era el respeto que tenia à este gran Varon,
 „ y esta vez tuvo particular mysterio el mandarle
 „ nuestro Señor lo contrario, como adelante verè-
 „ mos. „ Fuime (prosigue la Condesa) à la oracion,
 „ para disponerme mejor à ir à pedir el Habito, y
 „ estuve mas de una hora peleando con el demo-
 „ nio; y saliendo yà del aposento, llamòme nuel-
 „ tro Señor, y dixome: Mirad, que si tomais el
 „ Habito, que no le haveis de dexar. Respondile,
 „ que nunca le dexaria con ayuda de su gracia.

Conocida la voluntad de Dios, y con tan pre-
 ciso mandamiento, saliò del aposento la Condesa,
 tan arrebatada de su deseo, que se le conociò en
 el semblante, que iba à executar alguna grande re-
 solucion: passò por delante de la Marquesa su fue-

gra, que estaba hablando con la Abadesa, iba tan en su negocio, que no les hizo ningun comedimiento: viendola así la Marquesa, dixo: Dónde va tan denonada la Condesa, parece va à hacer alguna hazaña? Pidiendo à dos Monjas el Habito, y dificultando el darlele, les rogò se le diesen, para ver cómo le estaba: creyendo ellas lo hacia por divertimento de cuidados, le diò su Habito una Religiosa; la santa Condesa dixo: No me està muy bien? Respondieronla que sí. Replicòles: No me daràn ellas sus votos, para ser Monja? Respondieronle que sí, con mucho gusto, no creyendo iba la cosa de veras. Concurrieron en lo mismo otras muchas Religiosas, y casi todo el Convento para verla: ella declarò su voluntad, y que de ningun modo dexaria aquel santo Habito; esto con tan constante resolucion, y viveza en el semblante, y palabras, que no dudaron del hecho: admiraronle alegres de verse con tal señora, y hermana, suspendiendo el animo à ver el paradero

del suceso.

CAPITULO XXV.

LO QUE PASSÒ EL VENERABLE
Maestro Avila con la Marquesa
de Priego.

Entendiendo la Marquesa Doña Cathalina el hecho de la Condesa su nuera, partiò al punto adonde estaba, con el sentimiento que pedia el suceso: procurò con todos medios divertir la del intento, representò los grandes inconvenientes, que de tan azelerada resolucion se descubrian. Dixola quan justo era no hacer mudanza de estado, hasta dar cuenta al Duque de Arcos su hermano, que la amaba, y estimaba tanto, y à que havia atropellado el respeto que la debia tener, por madre, y suegra, mayormente estando de por medio la obediencia, que con voluntad del Venerable Maestro Avila la havia dado. Advirtiòla su delicadeza, y pocas fuerzas, desiguales à la carga de una Religion tan aspera, passando del regalo de un Palacio à las descomodidades de un Convento. Ponderò mucho el desamparo de una hija unica, que le havia quedado de quatro años, cuyas colfres havia de reformar su doctrina, y enseñanza,

dexando aquel Estado sin gobierno, y tanto numero de criados sin amparo.

Respondiòla facilmente la Condesa, satisfaciendo todas sus razones, que el grande amor de Dios la diò eloquencia, y valor contra la autoridad de la Marquesa. Viendola tan resuelta en lo intentado, dixo con gran sentimiento: El Maestro Avila es autor de esta obra, y bien se parece propia obra fuya, èl me darà cuenta del hecho. Replicò la Condesa: Tan ageno està el Maestro Avila del hecho, como yo de dexar de profeguir lo comenzado; no lo supo, ni lo sabe, ni creo ha caido en su pensamiento. Previno la Divina providencia, con no llevarse el papel que diximos al Venerable Maestro Avila, la indignacion que podia apoderarse en el pecho de la Marquesa contra el santo Maestro, si fuera el autor del caso, ò si lo supo, y no diò cuenta de ello, y era muy verisimil perder la gracia de esta Señora, y la Condesa tal Maestro, y tal Varon su Estado, dichofo por haver tenido los Marqueses tal huésped, y consejero.

Mandò al punto la Marquesa le llamassen al Venerable Maestro Avila, y certificada que no tenia culpa alguna, dixo: Si el Maestro no lo hizo, èl lo podrá deshacer. Tuvo por cierto, que si èl ordenaba à la Condesa dexasse el Habito, al punto

to obedeceria: tal era el respeto que tenia à su Maestro. Vino el Venerable con el rigor de la fiesta à los postreros de Junio, sin saber para que le llamaban: Hablòle la Marquesa con declarado sentimiento, poniendole delante à la Condesa con el nuevo Habito: multiplicò las razones, ponderò inconvenientes, valiendose de los medios que le daban la indignacion, y dolor, concluyò con decir: Hable V. Reverencia à la Condesa, desengañela, ò desengañeme, que si lo que deseo no es justo, no quiero impedir su bien, pospondrè mi gusto à su provecho.

Estuvo atento el Venerable Maestro Avila à las razones, à los semblantes de la Marquesa, que no menos declaraban la voluntad que tenia de que se dexasse el Habito. Lo que durò el razonamiento estuvo consultando con Dios en su interior la respuesta, y con gran serenidad la dixo: „ Mucha „ pena me diera ver el sentimiento grande, que „ tiene V. S. del hecho de la Condesa, à no tener „ conocido su grande entendimiento, sus cristianas costumbres, y su zelo de la honra de „ Dios, y sus deseos de darle gusto en todo, como lo harà en esta ocasion, sabiendo es voluntad fuya. De este successo vine muy ageno, como „ lo estava, aun de pensarlo; mas persuadome, „ que haviendo tomado tan ardua resolucion la „ Con-

„ Condesa, ha tenido muy grandes fundamentos,
 „ y sin impulso grande de nuestro Señor no se
 „ atreviera à hacerlo. En su virtud, en la luz, que
 „ ha comunicado el Cielo, en su grande entendi-
 „ miento, y desengaño, las cosas del siglo, fio mu-
 „ cho, y que no ha sido determinacion de poco
 „ acuerdo. La accion de suyo es buena, como el ha-
 „ ver abrazado la perfeccion Evangelica, cumbre
 „ de la Religion Chriitiana. Como puedo abalan-
 „ zarme à reprobear una accion, à que combida
 „ Chriitlo nuestro Señor en su Evangelio? Tengo
 „ por premio de sus virtudes el haverla dado Dios
 „ mano de Esposo, y traidola à su Casa, vistiendo-
 „ la de aquel trage humilde, mas felicissimo, de
 „ que se honraron tantas Princesas, y Reynas. No
 „ niego que podia ser buena en el estado de viuda,
 „ en que se hallaba; mas hay grande diferencia de
 „ serlo en la grandeza de un Palacio, entre las ren-
 „ tas, y regalos, multitud de criados, y vassallos,
 „ gozando de la estimacion, y aplaulo de los su-
 „ yos, ò en la estrechura de una Celda, en la po-
 „ breza Evangelica, en penitencia, y descomodi-
 „ dades, en el abatimiento de la Cruz, passando à
 „ subdita de Señora, de ser servida à servir, de ser
 „ señora de su voluntad, ò entregarla à la obedien-
 „ cia. No se alcanzan facilmente los premios, que
 „ à cada cosa corresponde: ella sin duda escogió
 „ la

„ la mejor parte, no se la ha de quitar V.S. que así
 „ lo prometió Chriitlo à los que retirados de los cui-
 „ dados de la vida pendieron de las palabras de su
 „ boca, en oracion, y contemplacion continua.
 „ Ningun agravio hace al Conde su primer espo-
 „ so, si en su lugar ha escogido al mejor que hay
 „ en el Cielo, y en la Tierra. Dexa el Estado de
 „ Priego, halla el Reyno de los Cielos, y trueca el
 „ Titulo de Condesa por el de Reyna, porque su
 „ Esposo es Rey, y Rey de los Reyes. Viviendo
 „ V. S. que sea por largos años, no hay que darle
 „ cuidado de la crianza de su hija, crecera à vista
 „ de las virtudes de V. S. y de su exemplo. Dios es
 „ el que ha hecho este concierto, pãse por el V.S.
 „ estime con su aprobacion las bodas, no se agravie
 „ el Desposado de que se hace menos estimacion
 „ de su Persona.

Templó la Marquesa el sentimiento, mitigó
 el dolor del corazón con las palabras del santo
 Maestro, fue escusado de defensa à la Condesa,
 dióle ella razon de su resolucion, la que podia
 darse en publico, dexó lo particular para el secreto.
 Satisfecho el Venerable Maestro de su proposito,
 dixo à la Marquesa: Señora, esto es hecho: *Quos
 Deus conjunxit homo non separet.* Con esto se bol-
 vió à su posada, haviendo mostrado gran valor, y
 entereza, con una prudencia milagrola, disponien-
 do

do el animo de la Marquesa, que hallò lleno de indignacion, y dolor, à que llevasse con christiana conformidad el mayor golpe que tuvo despues de la muerte de su hijo.

La Condesa santa se retirò à su celda, donde estuvo desde los ultimos de Junio del año de 1553. hasta el Julio del año siguiente, en que el dia de Santa Magdalena tomò el Velo de Monja, y diòle el parabien de las bodas el Venerable Maestro Avila, con un Sermon dulcissimo, en que tomò por intento declarar, que este suceso fue empresa del amor que tuvo Dios à la Condesa, conocido, y correspondido por ella: Oyòle con mucho gusto, cobrò brios, y deseos grandes de agradar al nuevo Esposo.



CAPITULO XXVI.

SUMARIO DE LAS VIRTUDES de la Condesa de Feria.

LAS virtudes, la santidad, las hazañas de Sor Ana de la Cruz, que así quiso llamarse la Condesa, los favores, y misericordias, que nuestro Señor la hizo, la grande perfeccion à que llegó, tienen por Chronista al Padre Martin de Roa, de la Compañia de Jesús, Varon docto, cuya crudi-

dicion, y eloquencia igualò la grandeza del sugeto, en la proporcion que puede haver en lo Divino, y lo humano, fuera el referirlas deslustrarlas; solo pondrè algunas acciones de esta santa Señora, que tocan à la estimacion de su Confessor el Venerable Maestro Juan de Avila, que le fue guia, y Maestro en el arduo camino de la santidad, y perfeccion à que la levantò la bondad Divina.

Fue rara su humildad, Grande por sangre, hija, y muger de Grande, mayor por las perfecciones de alma, y cuerpo, favorecida de Dios con grandes ilustraciones, y mercedes: llegó à desconocerse, solo conociò que era de fragil barro; lo demás tuvo por ageno.

Diòle nuestro Señor grandes sentimientos cerca de esta virtud, que puso por escrito, para comunicar con el Venerable Maestro Avila, que aunque el deshacerse es tan seguro, quiso que fuesse, por parecer de su Maestro, que sino era à èl, no daba à otra persona parte de sus sentimientos: fue profundo su silencio, en especial en las cosas sobrenaturales.

Havia en aquel Convento una Monja muy sierva de Dios, devotissima de nuestra Señora: quiso esta Divina Madre de misericordia favorecer à esta Religiosa, por medio de la Condesa, à quien estando en oracion la dixo la Reyna de los Angeles: